

dulza tu tristeza. Estás enferma: nadie te cura ni te acaricia blandamente. ¡Ah! cómo envidiarás á esas niñas felices y dichosas que te vienen á ver, al lado de sus padres! Ellas no han sentido cómo la recia mano de un gimnasta desalmado quiebra los huesos, rompe los tendones y disloca las piernas y los brazos, hasta convertirlos en morillos elásticos de trapo! Ellas no han sentido cómo se encaja en la carne viva el látigo del adiestrador que te castiga. Para ellas no hay trabajo duro; no hay vueltas ni equilibrios en la barra fija. ¡Tienen madre!

Dí, pobre niña: ¿Por qué no te desprendes del trapecio para morir siquiera y descansar? Tú, enferma, blanca, triste, paseas lánguidamente tu mirada. ¡Cómo debes odiarnos, pobre niña! Los hombres—pensarás—son monstruos sin piedad, sin corazón. ¿Por qué permiten este cruentísimo suplicio? ¿Por qué no me recogen y me dan, ya que soy huérfana, esa madre divina que se llama la santa Caridad? ¿Por qué pagan á mis verdugos y entretienen sus ocios con mis penas? ¡Ay, pobre niña! tú no podrás quejarte nunca á nadie. Como no tienes madre en la tierra, no conoces á Dios y no le amas. Te llaman hija del aire; si lo fueras, tendrías alas; y si tuvieras alas, volarías al cielo!

* **

¡Pobre hija del aire! Tal vez duerme ahora en la fosa común del camposanto! La niña mártir de la temporada no trabaja en el trapecio sino á caballo. Todo es uno y lo mismo.

Oigo decir con insistencia que es preciso ya organizar una sociedad protectora de los animales. ¿Quién protegerá á los hombres? Yo admiro esa piedad suprema que se extiende hasta el mulo que va agobiado por el peso de su carga, y el ave cuyo vuelo corta el plomo de los cazadores. Esa gran redención que libra á todos los esclavos y emprende una cruzada contra la barbarie, es digna de aprobación y de encarecimiento. Mas ¿quién libertará á esos pobres seres que los padres corrompen y prostituyen, á esos niños mártires cuya existencia es un larguísimo suplicio, á esos desventurados que recorren los tres grandes infiernos de la vida:—la Enfermedad, el Hambre y el Vicio?

TRAGEDIAS DE ACTUALIDAD.

EL ALQUILER DE UNA CASA.

Personajes.

El propietario: hombre gordo, de buen color, bajo de cuerpo, y algo retozón de carácter.

El inquilino: joven, flaco, muy capaz de hacer versos.

La señora: matrona en buenas carnes, aunque un poquito triquinosa.

Siete ú ocho niños, personajes mudos.

ACTO ÚNICO.

El propietario.—¿Es vd., caballero, quien desea arrendar el piso alto de la casa?

El aspirante á locatario.—Un servidor de vd.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Pancracia! ¡Niños! Aquí esta ya el señor que va á tomar la casa. (*La familia se agrupa en torno del extranjero y lo examina, dando señales de curiosidad, mezclada con una brizna de conmiseración*). Ahora, hijos míos, ya le habeis visto bien; dejadme, pues, interrogarle á solas.

—¿Interrogarme?

—Decid al portero que cierre bien la puerta y que no deje entrar á nadie. Caballero, tome vd. asiento.

—Yo no quisiera molestar.....si esta vd. ocupado.....

—De ninguna manera, de ninguna manera; tome vd. asiento.

—Puedo volver

—De ningún modo. Es cuestión de brevísimos momentos (*mirándole*). La cara no es tan mala.....buenos ojos, voz bien timbrada.....

—Me había dicho el portero

—¡Perdón! ¡perdón! ¡vamos por partes! ¿Cómo se llama vd.?



- Carlos Saldaña.
 —¿De Saldaña?
 —No, no señor. Saldaña á secas.
 —¡Malo, malo! el *de* habría dado alguna distinción al apellido. Si arrienda vd. mi casa, es necesario que agregue esa partícula á su nombre.
 —¡Pero señor!
 —Nada, nada: eso se hace todos los días y en todas partes; vd. no querrá negarme ese servicio. Eso da crédito á una casa..... Continuemos.
 —Tengo treinta años, soy soltero.
 —¿Soltero?..... ¿Todo lo que se llama soltero? Yo no soy rigorista ni maniaco: recuerdo aún mis mocedades; no me disgustaría encontrar lindos palmitos en la escalera; el ruido de la seda me trae á la memoria días mejores..... pero, ¡salvemos las conveniencias sobre todo!
 —Pero, señor mío.....
 —Sí, sé lo que va vd. á contestarme: que ésto no me atañe, que nadie me da vela en ese entierro; pero, mire vd. por ejemplo, me disgustaría espantosamente que la novia de vd. fuera morena.....
 —Repito que.....
 —Estése vd. tranquilo, será una debilidad, yo lo confieso, pero á mí me revientan las morenas! No puedo soportarlas. Dejemos, pues, sentado que, si la casa le conviene, se obligará vd. por escrito á que todas sus amigas sean muy rubias. ¿Tiene vd. profesión?
 —Ninguna.
 —Lo celebro. Es la mejor garantía de que los inquilinos no harán ruido.
 —Me dedico á cuidar mis intereses.....
 —Perfectamente, ya hablaremos de eso: le voy á presentar con mi abogado.
 —Gracias. Tengo el mío.
 —No importa, cambiará vd. en cuanto se mude á casa. Yo he prometido solemnemente á mi abogado darle la clientela de mis inquilinos. Y, ¿qué tal de salud?
 —Yo, bien, ¿y vd?
 —No, no digo eso: lo que pregunto es cuál es su temperamento.
 ¿Es vd. linfático, sanguíneo, nervioso?
 —Linfático..... me parece que linfático.
 —¡Pues desnúdese vd!
 —¿Qué.....?
 —Por un instante. Es una formalidad indispensable. No quiero que mis inquilinos sean enfermos.
 —Pero.....

- ¡Vamos! La otra manga. ¡Malo! ¡malo! No parecía vd. tan flaco. ¿Sabe vd. cuánto pesa?
 —No.
 —El cuello es corto..... ¡Dios mío! esas venas; ¡mucho cuidado con la apoplejía!
 —¿No acabaremos?
 —Será preciso que vd. se comprometa formalmente á tomar una purga al principio de cada estación. Yo indicaré á vd. la botica en que debe comprarla.
 —¿Puedo ponerme la levita?
 —Espere vd. un momento. ¿No hace vd. ejercicio?
 —Doy once vueltas á la Alameda por las tardes.
 —Eso es poco. De hoy en adelante vivirá vd. en el campo tres meses cada año. Eso conviene para la buena ventilación de las viviendas y para que se conserve en buen estado la escalera. Nosotros siempre viajamos en Otoño.
 —Con que habíamos dicho que treinta y cinco pesos.....
 —¿Qué?
 —Confieso á vd. que la renta me parece un poquito exagerada....
 —Pero, hombre, ¡qué renta, ni qué ocho cuartos! ¡Todo se andará! vamos por partes!
 —Pero.....
 —¿Si pensará vd. que alquilarme una casa es lo mismo que comprarse un pantalón? Pasa vd. por la calle, mira vd. la cédula, sube, se sienta junto á mí, y apenas han pasado tres minutos cuando me pide ya las llaves. ¡Me gusta la franqueza! ¿Por qué no me pide vd. mi bata y mis pantuflas?
 —Yo ignoraba.....
 —Se tratan por lo común estos asuntos con una ligereza imperdonable.
 —Volviendo, pues, á nuestro asunto, diré á vd. que no subiré ni un real de treinta pesos.
 —¡Caballero, ni una palabra más, ó envío á vd. mis padrinos! ¡Pues no faltaba más! ¿Conoce vd. acaso las condiciones del arrendamiento?
 —No, pero yo estoy pronto á subscribirlas siempre que sean justas y racionales.
 —Oiga vd:
 «Art. 1º El inquilino se acostará y levantará á la misma hora que su propietario, para no turbar el reposo de este último que ocupa precisamente el entresuelo.
 «Art. 2º El inquilino vestirá invariablemente trajes claros para no contristar el ánimo del propietario, si por una casualidad lo encuentra en la escalera.
 «Art. 3º El inquilino se asomará al balcón dos veces cuando

menos, en el día, frotándose las manos satisfecho, con el fin de acreditar el buen orden y excelente servicio de la casa.»

—¿Y cuándo llueva?

—Se asomará con un paraguas..... Continúo: «El inquilino no entrará nunca en la casa sin fijarse con cierta complacencia en los detalles de la arquitectura, ni tendrá embarazo alguno en hacer patente de viva voz, el entusiasmo que le produce la fachada. Mientras más gente reuna será mejor.

Art. 4º El inquilino invitará á comer al dueño todos los días 15, cuidando, por supuesto, de no llevarlo á ningún figón ó fonda de segunda clase.

«Aumento al art. 4º Estas comidas mensuales tienen por objeto el estrechar las amistades entre inquilino y propietario. No está prohibido al inquilino el ir acompañado de su novia.»

«Art. 5º El inquilino saludará muy cortesmente á su portero, que es primo, por afinidad, del propietario.

«Art. 6º Los artistas y los literatos que vengan á visitar al inquilino, subirán por la escalera de la servidumbre.»

—¿Ya no hay más, señor?

—Quedan algunos artículos suplementarios que haré conocer á vd. en su debido tiempo.

—Pues bien, todo es muy justo y muy sensato.....

—Se me olvidaba..... ¿No es vd. masón?

—No.

—Pues lo siento. Mi mujer tiene vivísimos deseos de conocer esos secretos.

—Si Vd. quiere, haré que me presenten en alguna logia.

—Lo estimaré muchísimo.

—Conque quedamos en que treinta pesos.....

—Dispense Vd.....

—¿Todavía más?

—Había olvidado preguntarle, ¿por qué dejó su antiguo domicilio?

—¡Yo, por nada! Porque arrojé por el balcón al propietario.

LOS SUICIDIOS.

Leía hace pocas noches, en la gacetilla arlequinesca de un periódico, la noticia de un suicidio recientemente acaecido. El párrafo en que se da cuenta del suceso desgraciado, mueve con descaro las campanillas agudas del bufón; refiere aquel suicidio con la pluma coqueta y juguetona que se empleó poco antes en referir una cena escandalosa ó una aventura galante de la corte; habla de la muerte con el mismo donaire que usaría para describir, en la crónica de un baile, el traje blanco de la señora de X. Trátase de un joven que en el primer día de camino, se postra de fatiga y arroja con desdén el nudoso bordón que le ha servido; de una madre que llora sin consuelo, mirando vacío en el hogar el hueco, aún tibio, que ocupaba su hijo; y todo esto se refiere sencilla y alegremente, con la sonrisa en los labios, saboreando el delgado cigarrillo que se ha encendido para salir del teatro. Esta nerviosa carcajada, que no es la de Lucrecio al mofarse con ira de sus antiguos dioses; que no es la de Lord Byron al sentir rodeado su espíritu por los anillos recios de las víboras que devoraban el cuerpo de Laoconte; que no es la de Gilbert al acercarse, circuido de rosas, á la tumba; que no puede compararse á nada de ésto, porque no la engendran ni el dolor, ni la duda, ni el escepticismo, me parecía la risotada de un imbécil ante la fosa llena de cadáveres. Y apartando de mi vista la hoja impresa, recordé con repugnancia el *Decamerón* de Bocaccio, apareciendo en los días de la peste de Florencia.

La epidemia que ahora nos devora es más terrible aún que la que diezmaba á los infelices florentinos, cuando se publicó el desvergonzado libro de Bocaccio. El suicidio ya no es un hecho aislado: es una peste. No sé qué extraña concatenación, qué misteriosa complicidad liga estos crímenes; pero no vienen solos, el uno sigue al otro, se dan alcance, como si el suicidio fuera una enfermedad contagiosa, á modo de la fiebre. Precisa averiguar cuál es el Gániges que produce estos miasmas ponzoñosos. En el monólogo de *Hamlet*, que es un precioso dato sobre la idea del suicidio en el si-

glo XVI, se perciben claramente los terrores de la duda. Hoy al abrirse las puertas de la eternidad, no se pregunta nadie cuál podrá ser el sueño de la tumba. Se muere con la sonrisa en los labios, paladeando las gacetillas románticas y almibaradas en que se dará cuenta al público del acontecimiento. Nuestro moderno *Hamlet*, despues de almorzar succulentamente, no formula el *to be or not to be*, toma el veneno, y si es franco, si es sincero, escribe á algun amigo una carta, como esta que yo guardo en el más secreto cajón de mi bufete:

«Caballero: voy á matarme porque no tengo una sola moneda en mi bolsillo, ni una sola ilusión en mi cabeza. El hombre no es más que un saco de carne que debe llenarse con dineros. Cuando el saco está vacío no sirve para nada.

Hace mucho tiempo, cuando yo tenía quince años, cuando temblaba al escuchar el estampido de los rayos, creía en Dios. Mi madre vivía aún, y por las noches, antes de acostarme, hacía que de rodillas en mi lecho, le rezara á la Virgen. Perdone Vd. que las líneas anteriores casi vayan borradas; cuando pienso en mi madre, las lágrimas se saltan de mis ojos.

Todavía me parece estar mirando la ceremonia de mi primera comunión. Muchos días antes me había estado preparando para este solemne acto. Yo iba por las noches á la celda de un sacerdote anciano que me adoctrinaba. ¡Cuán pueriles temores solían asaltar mi pobre pensamiento en esas noches! Puedo asegurar que mi conciencia era entonces una página blanca, y sin embargo, la idea de comulgar en pecado me aterrorizaba. Al salir por el claustro silencioso, sólo alumbrado á trechos por una que otra agonizante lamparilla, andando de puntillas para no oír el eco de mis pasos, se me figuraba que las formas gigantes de prelados y monjes, desprendidas de los enormes lienzos de la pared, iban á perseguirme, arrastrando pesadamente sus mantos y sotanas. Una noche—la noche en que me confesé—todos estos delirios de una imaginación enferma, desaparecieron; salí regocijado de la celda, como llevando el cielo dentro de mi espíritu. Ahí estaban los prelados con sus mitras, y los monjes, ceñida la correa, calada la capucha, inmóviles y mudos en los cuadros colosales del gran claustro; pero en vez de perseguirme con adusto ceño, me sonreían, al paso, cariñosamente. ¡Qué blanda noche aquella! Al amanecer del día siguiente, me llegué á imaginar que las campanas repicaban el alba dentro de mi pecho. Parece imposible, caballero, que una superstición y una mentira puedan hacer felices á los hombres.

Hoy me hallo á diez mil leguas de aquel día. Durante este paréntesis obscuro, me he dedicado con empeño y con ahinco á estudiar el gran Libro de la Ciencia. Como una dama despues del baile, en el misterio de su tocador iluminado por la discreta luz de son-

rosada veladora, se despoja de sus adornos y sus joyas, así me he desvestido de las sencillas creencias de mi infancia. En cada libro, como las ovejas en cada zarza, he ido dejando, desgarrado, el vellón de la fe. Y ¡es tan triste el invierno de la vida cuando no se tiene ni una sola creencia que nos cubra! Las ilusiones son la capa de la vejez.

Mientras yo creí en Dios, fuí dichoso. Soportaba la vida, porque la vida es el camino de la muerte. Despues de estas penalidades—me decía—hay un vacío en que se descansa. La tumba es una palma en medio del desierto. Cada sufrimiento, cada congoja, cada angustia es un escalón de esa escala misteriosa vista por Jacob y que nos lleva al cielo. Yendo camino del Tabor, bien se puede pasar por el Calvario. Pero imagínese Vd. la rabia de Colón, si despues de haberse aventurado en el mar desconocido, le hubiera dicho la naturaleza: ¡América no existe! Imagínese Vd. la rabia mía, cuando despues de aceptar el sufrimiento, por ser éste el camino de los cielos, supe con espanto que el cielo era mentira. ¡Ay, recordé entonces á Juan Pablo Richter! El cementerio estaba cubierto por las sombras; bostezaban las tumbas y abrían paso á los espíritus errantes; nada más los niños dormían en sus marmóreos sepulcros. Ahí, el cuadrante de la eternidad, sin aguja, sin números, sin más que una mano negra que giraba y giraba eternamente. Un cristo blanco, con la blancura pálida de la tristeza, alzabase en el tabernáculo. ¡Hay Dios?—preguntaban los muertos. Y Cristo contestaba: no! Los cielos están vacíos; en las profundidades de la tierra sólo se oye la gota de lluvia, cayendo como eterna lágrima.—Despertaron los niños, y alzando sus manecitas exclamaron:—¡Jesús, Jesús, ¿ya no tenemos padre? Y Cristo, cerrando sus exangües brazos, exclamó severo:

—Hijos del siglo: vosotros y yo, todos somos huérfanos!

A esta terrible voz que descendió rodando por las masas de sombras apiñadas, cerráronse las tumbas con estrépito, los cirios se apagaron de repente, y la terrible noche tendió su ala de cuervo sobre el mundo.

¡Hijos del siglo, todos somos huérfanos!

¡Cuántas veces, caballero, he repetido en mis horas de angustia estas palabras! ¡Todos somos huérfanos! Mi alma está entumecida, y necesita para seguir moviéndose, el calor de una creencia! Pero he despilfarrado mi caudal de fe, y en el fondo de mi corazón no queda un sólo ochavo de esperanza. Soy un bolsillo vacío y una conciencia sin fe. Cuando el saco no sirve para nada, se rompe. Esto es lo que hago.»

HISTORIA DE UNA CORISTA.

CARTA ATRASADA.

Para edificación de los *gomosos* entusiastas que reciben con laureles y con palmas á las coristas importadas por Mauricio Grau, copio una carta que pertenece á mi archivo secreto y que—si la memoria no me es infiel—recibí, pronto hará un año, en el día mismo en que la *troupe* francesa desertó de nuestro teatro.

La carta dice así:

«Mon petit Cochon bleu.»

Con el pie en el estribo del vagón y lo mejor de mi belleza en la maleta, escribo algunas líneas á la luz amarillenta de una vela hecha á propósito por algún desastrado comerciante para desacreditar la fábrica de la Estrella. Mi compañera ronca en su catre de villano fierro, y yo, sentada en un cajón, á donde va á sumergirse muy en breve el último resto de mi guardarropa, me entretengo en trazar garabatos y renglones como ustedes los periodistas, hombres que, á falta de Champagne y de Borgoña, beben á grandes sorbos ese líquido espeso y tenebroso que se llama tinta. Acaba de terminar el espectáculo y tengo una gran parte de la noche á mi disposición. Yo, acostumbrada á derrochar el capital ajeno, despilfarro las noches y los días, que tampoco me pertenecen: son del tiempo.

Si hubiera tenido la fortuna de M. Perret, mi compañero; si la suerte, esa loca, más loca que nosotras, me hubiera remitido en forma de billete de la lotería, dos mil pesos, ¡diez mil francos! no hubiera tomado la pluma para escribir mis confesiones. Los hombres escriben cuando no tienen dinero, y las mujeres cuando quieren pedir algo.

A falta, pues, de otro entretenimiento, hablemos de mi vida. Voy á satisfacer la curiosidad de usted, por no mirarle más tiempo de puntillas asomándose á la ventana de mi vida íntima. La mujer, que, como yo, tiene el cinismo de presentarse en el tablado con el traje económico del Paraíso, puede perfectamente escribir, sin escrúpulos, su biografía.

No sé en donde nací. Presumo que mis padres, un tanto cuanto flacos de memoria, no se acordaron más de mí unas cuantas semanas después de mi nacimiento. Todos mis recuerdos empiezan en el ahumado cubil que vió correr mis primeros años, en compañía de una vieja, cascada y sesentona, que desempeñaba oficios de acomodadora en un pequeño teatro parisiense. ¿Por qué me había recogido aquella buena mujer? Jamás pude saberlo, aunque sospecho que en esta buena acción había tenido poquísimo que ver la caridad. Yo cuidaba de la cocina y hacía invariablemente cuantos remiendos eran necesarios en el deshilachado guardarropa de mi protectora. Algunos pellizcos y otros tantos palmetazos eran la recompensa de mis afanes diarios. Comíamos mal y se dormía peor, porque si el espectáculo terminaba despues de media noche, y yo esperaba puntualmente la vuelta de la acomodadora, tenía en cambio que ponerme de pie en cuanto el alba rayaba, para aderezar, como Dios me daba á entender, el pobre almuerzo y arreglar los vetustos menesteres de la casa.

Muy pocas veces iba al espectáculo. Mi protectora temía, fundadamente, que el trato con la gente de teatro malease mis costumbres. Pero conforme iba creciendo, crecían también mis ambiciones. El tugurio en que vivíamos sofocaba mis instintos de independencia y de alegría. Un joven iluminador que vivía pared por medio de mi buhardilla, me había hecho conocer que era bonita. Cumplí diez años, doce, quince, y una mañana alegre de Septiembre, lié con precaución una maleta, puse en ella los chillantes guñapos con que solía vestirme en día de fiesta, y sin esperar la vuelta de Madame Ulises, falta de otra cosa que tomar, tomé la puerta.

Puntos suspensivos.

Si tiene Vd. el hilo de Ariadna, sígame como pueda en el gran laberinto parisiense. Si no lo tiene ni es sobrado hábil para marear, costeano los escollos, confórmese con seguirme desde lejos, cuando aparezca de nuevo á flor de tierra. Victor Hugo ha dicho:

«En los zarzales de la vida, deja

Alguna cosa cada cual: la oveja

Su blanca lana, el hombre su virtud.»

En donde dice hombre ponga Vd. mujer: es una simple corrección de erratas.

Héme de nuevo aquí, ya menos pobre, despues de mis excursiones subterráneas. Las puertas de un teatro se abren á mi belleza en formación, y el cielo de las bambalinas cubre con sus harapos mi descoco. El empresario era un hombre gotoso, enfermo y sucio, que pagaba perfectamente mal á todas las infelices figurantas. Con lo que yo ganaba en aquel teatro podía comprar tres pares de botines y algunas cuantas cajas de cerillos. Pero esta era una cuestión completamente secundaria. Yo no aspiré jamás á vivir, como ar-

tista, del teatro. Apenas sabía leer; mis grandes conocimientos musicales hubieran atraído sobre mi cabeza un aguacero de patatas cocidas. O el arte no se había hecho para mí, ó yo no había nacido para el arte. Lo único que buscaba en el teatro era á manera de la exposición permanente y bien situada de un aparador aristocrático. Cuando la mujer se resuelve á hacer de su belleza un negocio por acciones, el mercado mejor es un teatro.

Los que nada conocen ni saben de los bastidores, se figuran que la puerta de ese jardín de las Hespérides está muy bien guardada por dragones y endriagos fabulosos. En ese paraíso de Mahoma, por supuesto, al revés de todo otro paraíso, es libre la entrada para los pecadores.

Yo, sin embargo, perdida como un átomo en la masa color de rosa de los coros, vivía penosamente, codeada por la miseria, víctima de las privaciones.

Mi belleza, magnífica y extraordinaria para el pobre iluminador, mi ex-vecino, pasaba inadvertida en aquel teatro, como la pieza de raso, azul ó blanco, pasa también inadvertida en la gran tienda llena de encajes, seda y telas de oro. La competencia era temible. Como la esposa de Malborough desde lo alto de su torre, yo esperaba, no el regreso, sino la aparición de alguno á quien no conocía aún.

Pero ¡ay! ningún príncipe ruso, ningún lord inglés se puso á la vista en esa larga temporada. Yo supongo que los príncipes rusos son unos entes imaginarios que sólo han existido en el cerebro hueco de los novelistas. El dinero se iba alejando de mí, como las golondrinas cuando llega el invierno, y los amigos cuando llega la pobreza.

Mi antigua protectora se acordó de mí. Me hizo proposiciones ventajosas, y seducida por sus grandes promesas, vine á América, el país del oro. Los yankees, que conocen admirablemente todas las mercancías, con excepción de la mujer, me tomaron por una verdadera parisiense. En Nueva York se cena.

Hay rostros colorados y sanguíneos que valen diez millones, y espantosas levitas abrochadas que encierran una fortuna en la cartera. Yo no hablo inglés, pero ellos hablan oro. Para contestarles, bastábame una palabra sola del vocabulario:

Yes.

Los americanos son los únicos hombres que hablan en plata.

La Habana es un país privilegiado. Hace mucho calor. Los negros sirven para hacer resaltar la blancura hiperbórea de las europeas.

Hay hombres que, á fuerza de vivir entre panes de azúcar, se acostumbran á desmigajar su fortuna como un terrón puesto dentro del agua. Pero la Habana es el país del azúcar y Nueva York

es el país del oro. No me habéis de las razas ni de las figuras: no hay hombres más gallardos que los yankees.

Mis impresiones de viaje tocan á su término. Ya estamos en México. Me habían dicho que esta era la tierra de la primavera. Yo, sin embargo, no la he visto más que en el exuberante corsé de la Leroux y en los ramos que manda comprar todas las noches el director de orquesta. Me esperaba ver correr arenas de oro por las calles, como corrían entre las ondas del Pactolo; por desgracia, no he hallado más que periodistas complacientes, amigos que suelen cenar de cuando en cuando, y elegantes *gomosos* que nos tratan como si fuéramos damas del *Faubourg Saint Germain*. Es una simple equivocación: *Notre dame de Lorette* queda más lejos.

Cada noche me miro cortejada entre los bastidores por una turba de elegantes y de pollos que me hablan con la cabeza descubierta, tirando escrupulosamente el cigarro para no molestarme con el humo. Y todos se disputan mis sonrisas, me dirigen mil flores que trascienden al hotel Rambouillet y—¡oh colmo de los colmos— hasta me escriben cartas. Los más audaces de ellos suelen invitarme á tomar una grosella ó un Champagne.....vermouth. Me encuentran en las calles, y apartándose, corteses, para cederme la acera, se quitan el sombrero. Algunos calaveras me han besado la mano.

Aquí tampoco hay príncipes rusos. Pero, en cambio, llevo una completa colección de autógrafos, á cual más precioso. Esta ha sido la primera ciudad en que me tratan como se trata á una señorita. Ya verá usted si tengo razón para estar agradecida.»